

de las dificultades descubiertas por nosotros mismos, ó de las razones alegadas por los sostenedores de opiniones encontradas.

El entendimiento ha de vencer estas dudas y llegar á la certeza, en cuanto pueda conseguirlo; porque de este modo adquiere conocimientos más nobles, y se acerca más al ideal de la ciencia. La aspiracion á este ideal alienta y avigora para emprender los trabajos y hacer los sacrificios necesarios para vencer la duda y llegar á la certeza posible. Aspirando al ideal de la ciencia, buscaremos conocimientos evidentes, que son incompatibles con la duda, y constituyen un triunfo sobre la misma.

La aspiracion al ideal de la ciencia incluye el deseo de una ciencia vasta y exenta de errores. Semejante deseo lleva á una investigacion amplia y detenida; y ésta da el fruto de la aproximacion al ideal, pero tambien las espinas de la duda. No es de necesidad absoluta que la aspiracion al ideal, y la investigacion amplia y detenida engendren la duda en el espíritu; la engendran accidentalmente á causa de la limitacion del entendimiento humano, porque no encuentran en éste fuerza suficiente para producir la evidencia desde luégo y en todos los casos. La aspiracion al ideal, semejanté á la lanza de Aquiles, que podía curar las heridas que hubiese hecho, es potente y fecunda para remediar muchas veces este mal de la duda que accidentalmente ha producido. Por semejante aspiracion se va á la ciencia y á la duda tambien, por ella se levanta el espíritu, y muchas veces triunfa de la duda, y agranda la ciencia adquirida anteriormente.

## CAPÍTULO XIV

*Método: tres momentos*

La aspiracion al ideal de la ciencia, induciéndonos al empleo de los medios necesarios para alcanzarlo, no sólo ha de llevarnos á la adopcion de los principios prácticos que dejamos espuestos, sinó tambien al empleo del método exigido por aquel fin. Este método ha de comprender tres momentos: empírico el primero, abstractivo el segundo, y deductivo el tercero.

Habiendo tratado de este mismo asunto en nuestra *Demonstracion de la armonía entre la religion católica y la ciencia*, copiamos á continuacion lo que allí espusimos sobre este particular.

### I

«.....Observamos por medio de ciertos sentidos, percibiendo diversos objetos; abstraemos, prescindiendo de alguna determinacion, y produciendo un concepto que espresa lo general; por fin deducimos, aplicando algun principio general á los hechos empíricos, y viendo en ellos lo que no viéramos sin el auxilio de los principios. En el primer momento alcanzamos el objeto en su conjunto; en el segundo lo consideramos bajo un aspecto no más; y en el tercero empleamos los otros dos juntamente para descubrir alguna propiedad ó condicion del hecho experimental: el primero es sintético, el segundo analítico, y el tercero una union de los dos. De ahí proviene que se les pueda designar con los nombres de tésis, antítesis y síntesis, y que resulte una ley triádica en el procedimiento científico.

»Estos momentos guardan el orden en que acabamos de presentarlos. No se hace la abstraccion sin preceder el empirismo; ni tiene lugar la deducion sin haber precedido los otros dos momentos. Es un hecho atestiguado por la esperiencia, y fundado en la constitucion del hombre y en la naturaleza misma de los seres. Lo particular, lo individual existe bajo esta forma, y puede en muchos casos caer bajo el dominio de la percepcion; al paso que lo universal no existe bajo esta forma, y no puede presentarse por sí mismo á la inteligencia, sinó que ha de ser conocido mediante lo individual en donde se encuentra. Dada la impotencia del hombre para percibir toda la realidad, debe buscar un medio que le haga poderoso para conocer ciertas realidades que no entran en el dominio de su percepcion. Este medio son los principios metafísicos, á la luz de los cuales descubre en los hechos empíricos alguna condicion que le lleva al conocimiento de nuevas realidades. De aquí es que ante todo observamos; despues abstraemos del objeto observado la individualidad y tal vez ciertas cualidades, quedándonos con lo general é indeterminado; y en último lugar, mediante la union de los principios del segundo momento con los hechos del primero, deducimos verdades no percibidas.

## II

»Consideremos ahora el primer momento en especial, para ver cómo en él llegamos á alcanzar la verdad. Tenemos dos clases de sentidos, unos perceptivos, otros afectivos: con los primeros percibimos, aprehendemos los objetos; con los segundos experimentamos una afeccion causada por los objetos: con los primeros nos dirigimos al objeto que ha hecho impresion en nosotros; con los segundos ponemos y recibimos en nosotros una afeccion determinada por aquella impresion. A los primeros pertenecen la vista y el tacto; á los segundos el oído y el gusto; la conciencia es tambien facultad

perceptiva. Percibimos objetos sensibles, actos del espíritu, y nuestro yo. El objeto percibido ha de ser una realidad; mal pudiéramos aprehenderlo ó alcanzarlo con la percepcion, si no existiera. La nada no puede tener actividad ni receptividad; ni puede hacer impresion sobre nuestra facultad perceptiva, ni ser término sobre el cual recaiga el acto de esta última. Decir que una cosa es percibida y que no existe es afirmar una contradiccion. De ahí viene el impulso irresistible á tener por verdadero lo que hemos percibido, de manera que nadie es capaz de persuadirnos de que no existe lo que nosotros hayamos visto. De ahí el que los escépticos mismos estén afirmando continuamente lo que ven y lo que creen ver. Así, pues, con el momento perceptivo se alcanza la verdad.—En el sentido afectivo hay un placer, un desagrado, una afeccion, que no es percepcion de los objetos; por esto no la comprendemos en el momento empírico, y sólo para mayor claridad le dedicamos dos palabras. Esta afeccion es cosa subjetiva, es propia del sér sensitivo, y no se halla en el objeto que hace impresion en el sentido. La afeccion deleitosa que un objeto sonoro produce en nosotros, no está en el objeto mismo, como tampoco está en los alimentos el deleite que sentimos al tomarlos. Pero si el objeto no tiene la afeccion, la determina en el sujeto; así, el cuerpo sonoro determina la afeccion del sonido, conmoviendo el aire y escitando en él unas vibraciones que llegan hasta el órgano del oído. De esta relacion de causalidad entre la afeccion y el objeto proviene que mediante la reflexion podemos deducir la existencia del objeto, llegando de este modo á su conocimiento aun cuando no lo hayamos percibido. Puesta en nosotros la afeccion, podemos percibirla; y entónces aplicando el principio de causalidad, deducimos la existencia de un objeto que la cause: dada la sensacion del sabor y la afeccion del sonido, sabemos por medio de dicho principio que existe un manjar sabroso y un cuerpo sonoro. Los seres sensitivos inferiores al hombre, y nosotros mismos llegamos tambien á este conocimiento por medio del instinto; puesto que al experimentar la afeccion, desde luégo sin reflexionar conocemos un objeto que es su causa, dirigiéndonos muchas veces á buscarlo

si es placentero, y alejándonos si es desapacible. De este modo, hace las veces de principio metafísico el instinto de que la generosidad de Dios nos ha dotado para las necesidades de la vida.

»El objeto del segundo momento no es ménos real que el del primero: es una verdad el objeto empírico como lo es el de la abstraccion. En este segundo momento podemos considerar los conceptos generales que formamos por medio de la abstraccion, y los principios metafísicos que descubrimos fijándonos en el contenido de aquéllos. Los conceptos generales formados por medio de la abstraccion tienen un objeto real por razon de espresar una parte del objeto percibido, que, segun llevamos espuesto, es una realidad. No formamos estos conceptos á nuestro antojo, sinó que les damos por base la realidad empírica, y á ésta acomodamos su contenido. Si viendo el libro que tengo delante de mí, formo sucesivamente los conceptos generales de *libro*, *cuerpo*, *sér*, con cada uno de ellos espreso un objeto que he percibido con el sentido de la vista. Si al estar mirando el libro me preguntaran si veo algun libro, algun cuerpo, algun sér, á todas estas preguntas habría de contestar afirmativamente, puesto que es libro, cuerpo y sér lo que estoy viendo. En caso de que intentara formar los conceptos de *vegetal* ó *animal*, refiriéndome al libro que miro, habría de desistir de mi empeño, pues veo clarísimamente que no es ésta la verdad, que el concepto no corresponde al objeto empírico.—Hecha la abstraccion, y tratando de ahondar en su contenido, vemos allí los principios metafísicos, los encontramos realizados en el objeto de la abstraccion. Así, en el sér vemos la exclusion del no sér y por consiguiente el principio de contradiccion: es realidad contenida allí y que acompaña al sér donde quiera que se encuentre. Fuera imposible ver allí el principio, si no estuviese; como es imposible percibir lo que no sea una realidad. Percibir con el sentido y ver con la inteligencia son actos que importan igualmente la realidad del objeto alcanzado. Cuando el objeto de la abstraccion existe de un modo determinado, allí tambien existe de un modo determinado el principio metafísico; y la observacion, que percibe el objeto determina-

do, nunca desmiente el principio, ni éste se presenta jamas en desacuerdo con aquélla. Si nos limitásemos á la percepcion, ni veríamos lo universal bajo esta forma, ni penetraríamos en la riqueza de su contenido. Haciendo la abstraccion, prescindimos de todas las determinaciones ó de algunas, podemos fijar mejor nuestra inteligencia limitada en el objeto abstracto y descubrir el tesoro de verdades que encierra. Hay como una realizacion de la ley de division del trabajo, estando encargada la inteligencia de contemplar especialmente el objeto abstracto y de penetrar en sus profundidades. Y con esto no sólo queda probada la realidad de estos principios, sinó que ademas se ve como no debe maravillarnos su hallazgo, puesto que empleamos la division del trabajo, que es principio de mayores y más perfectos resultados.

»Los principios obtenidos en el segundo momento son la luz que nos guía para hacer ulteriores investigaciones, para llegar al conocimiento deductivo. Si debiéramos limitarnos á la sola percepcion, fuera hartó mayor nuestra ignorancia, aun en puntos de suma trascendencia para nuestra vida física, intelectual y moral; pues no percibimos los hechos futuros, ya del órden físico, ya del órden espiritual, ni las esencias de los seres, ni á Dios creador, ordenador y legislador del universo. Aplicando los principios metafísicos á los hechos empíricos, descubrimos en éstos alguna propiedad que ántes no habíamos visto, ó bien vemos una relacion que nos hace conocer la existencia de su término. Á los hechos empíricos de la existencia de entidades finitas, ya corporales, ya espirituales, podemos aplicarles el principio metafísico de que el sér que tiene en sí mismo la razon de su sér es infinito, y mediante este principio vemos que aquellos seres finitos no tienen en sí la razon de su sér; propiedad que no habíamos percibido. Si á estos mismos hechos les aplicamos ademas el principio de contradiccion, el de razon suficiente, y el de exclusion de medio entre el sí y el no, vemos que estos seres finitos tienen la razon de su sér en otro que la tiene en sí mismo, en el Sér infinito; y así hemos descubierto una relacion que ántes no habíamos visto. Estas propiedades, estas relaciones, siendo vistas por la inteligencia en

los hechos empíricos, deben ser una realidad, lo mismo que el término de las relaciones; y como ellas y este término son precisamente lo mismo que deducimos, de ahí el que con la deducción alcancemos la verdad. El que está en posesión de los principios metafísicos, tiene mayor luz que quien se ciñe á percibir los hechos empíricos; y por esto, al aplicar los primeros á los segundos, puede descubrir lo que el otro no ha visto. Con estos principios tiene el hombre un instrumento para dar mayor alcance á sus fuerzas, así como el astrónomo lo tiene en el telescopio. El insigne Le Verrier por medio de un poderoso telescopio descubrió en el planeta Urano ciertas perturbaciones que le llevaron á conocer la existencia del planeta Neptuno. Observando á Urano y percibiendo aquellas perturbaciones, vió una relación con el planeta desconocido, y por ella conoció con seguridad la existencia de Neptuno. Éste no había sido objeto de observación, sinó de deducción; y sin embargo fué una realidad lo mismo que Urano y sus perturbaciones, que habían sido objeto de la observación.

## III

»Sin el momento deductivo no daríamos á nuestros conocimientos la extensión y elevación de que son susceptibles; pues dejaríamos de conocer propiedades, relaciones y objetos que alcanzamos por medio de la deducción; dejaríamos de elevarnos al objeto que es la causa de los fenómenos y desde el cual podemos de nuevo considerarlos con ventaja, como desde la cima de un monte contemplamos las ricas y dilatadas llanuras que se extienden al pié del mismo. Si no hiciéramos uso del momento abstractivo, no veríamos lo universal bajo esta forma, ni los principios metafísicos contenidos en él, puesto que la observación nos suministra tan sólo objetos singulares é individuales. Sin emplear el momento empírico, base y fundamento de los demás, no podríamos proceder legítimamente á

ninguno de los dos momentos ulteriores; y caso que de una manera ú otra procediéramos á ellos, siempre quedaríamos faltos de la riqueza y variedad individual que el momento empírico nos proporciona. Sin los dos momentos primeros no es posible el tercero, puesto que para él necesitamos aplicar los principios metafísicos á los hechos observados; tampoco fuera posible la inducción, la cual necesita de una variada serie de observaciones como de punto de partida, y de principios metafísicos como de medio para elevarnos al hecho general. Siendo, pues, necesarios los tres momentos para llegar á la amplitud y elevación contenidas en el ideal, llevando el amor del fin á emplear los medios necesarios para conseguirlo, la aspiración al ideal nos ha de inducir á valernos de todos estos tres momentos.» (Págs. 11-16, 57 y 58).

## CAPÍTULO XV

*El positivismo*

## I

El positivismo, haciendo alarde de sobriedad en el pensamiento, no concede á la ciencia la amplitud que puede alcanzar con los tres momentos explicados; ántes quiere reducirla á límites muy estrechos. La experiencia es el único medio de que el hombre puede valerse para llegar al conocimiento de la verdad: hé aquí el dogma capital del positivismo: «En hecho de verdad, dice Augusto Comte, fundador del positivismo francés, no podemos conocer más que los hechos perceptibles por medio de nuestro organismo, y jamás podemos adquirir noción alguna ni de la naturaleza íntima de ningún ser, ni del modo